



Realidad objetiva

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo IV

## Al rededor del estilo

XV

**P**ERO es que con achaque del estilo nos vas a hablar de todo y de otras cosas más?—se me dirá. Y así es y así debe ser, puesto que puede ser. El estilo, el ritmo, la forma, lo es todo. Y estudiándolo es como lo estudiamos todo. ¿Idealismo?

Idealismo se opone, en concepción vulgar, a realismo, así como a materialismo se opone espiritualismo; sólo que la propensión a confundir la idea, esto es: la forma con el espíritu y la realidad con la materia, hace que para muchos sean sinónimos, de una parte, idealismo y espiritualismo, y de otra, realismo y materialismo. Y en rigor no es así, pues que la materia es una idea lo mismo que lo es el espíritu.

El célebre doctor Johnson, el héroe del sentido común inglés, del *common sense*, creía refutar el idealismo, el de Berkeley, dando una patada a un guardacantón, para que se viera cómo existía objetivamente. A patadas suelen razonar los realistas vulgares. Sólo que las patadas, las coces, del realismo vulgar no van siempre contra un guardacantón, sino

que suelen ser contra el idealista. Contra Don Quijote fueron las coces de los yangüeses y las pedradas de los galeotes, y yangüeses y galeotes eran realistas y, a la par, materialistas.

Citábamos no ha mucho las palabras que el Cristo le dió al apóstol incrédulo; a Tomás—no el de Aquino, que no era apóstol ni era realista—, cuando le dijo: «Trae tu dedo aquí y ve mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente.» (Juan XX, 27.) Donde se ve que Tomás tenía que ver con los dedos de la mano, tenía que tocar para creer en la existencia objetiva de algo. Porque el materialista cree que la vista engaña, pero que no engaña el tacto; el materialista cree que la materia es lo tangible, lo ponderable. Y decimos que cree, porque el materialismo es cosa de fe.

Mas, ¿de dónde se ha sacado que el tacto nos engañe menos que la vista? ¿De dónde que la realidad tangible sea más realidad que la realidad visible? Es como suponer que los trazos que en un aparato dejan señalados las vibraciones del aire sonoro son más objetivos, tienen más realidad, que los sonidos que esas vibraciones nos traen al oído; es como suponer que los trácitos que podemos ver — ver — y acaso tocar, teniendo muy buen tacto, en la placa del fonógrafo, son más objetivos, más reales, más materiales, que los sonidos que nos da ese mismo fonógrafo cuando funciona. Es atribuir más realidad a lo mediato que a lo inmediato.





Y aquí de aquello de «la vida es sueño», que, aunque sentencia universal, adquirió especial fuerza—y en el teatro!—en el seno del pueblo más vulgarmente realista. Pero... ¿es así? ¿Es, en efecto, nuestro pueblo, es Sancho realista, es materialista? Tal la opinión del vulgo ilustrado, de los bachilleres y de los duques y de los barberos; mas creo haber probado en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* que éste era tan idealista, tan espiritualista, además, como aquél y tan creyente. Tan creyente con la santísima idea, hija unigénita del espíritu.

Lo que hay es que el pueblo, Sancho, no se ha puesto nunca el problema ese de la realidad objetiva del mundo exterior; semejante problema no existe para él. Porque ese problema es, como el materialismo científico, creación, y creación artificiosa, de bachilleres, duques y barberos. Cuando nos estábamos haciendo bachilleres en artes—¡oh, segunda enseñanza científica!—corría entre nosotros la solemnisísima necesidad de que el frío no existe, primera e ingenua fórmula del científicismo.

¡El científicismo! ¡Esta sí que es plagá de la inteligencia! El científicismo castra la inteligencia, la hace estéril. El científicismo, a fuerza de gafas, nos priva de la vista. Habrá que ver la idea que tenga de un camello un piojo científico que lo haya estudiado al microscopio, y esto suponiéndole muy sabio al piojo.

Y el científicismo, que no es ni ciencia, no ya sabiduría, se ha puesto a estudiar el estilo y hasta ha inventado la estilometría. ¡Estilometría! Invención genuinamente tudesca y genuinamente científicista. Y ello fué así:

Hay un problema en el estudio del pensamiento platónico, y es el de la cronología de los diálogos de Platón para estudiar el proceso de su poesía filosófica. Cada cual lo trataba según su platonismo, hasta que un inglés, un Campbell, propuso aplicarle un criterio objetivo, es decir, puramente formal, y partiendo de que un escritor cambia periódicamente de estilo, vive su poesía, hizo un trabajo estadístico de ciertas expresiones características que abundan en unos diálogos, mientras escasean o fal-

tan en otros. El criterio, la medida, sorprendió, y como el inglés lo aplicara a otros escritores contemporáneos, y la cronología de cuyos escritos está fuera de dudas, surgió la idea de estudiar estadísticamente, por método cuantitativo, matemático, la evolución del estilo, que es el estilo mismo, en un escritor, y van los alemanes, le llaman a eso estilome-

tría, y ya están contando ablativos oracionales en César o adverbios en tal otro escritor. Que es el modo de no sentir el estilo.

Y ahora conviene decir algo de esto de la evolución del estilo. O sea de la historia. O sea de la vida. O sea del espíritu.

Miguel DE UNAMUNO

